

COVADONGA GARCÍA FIERRO

En uno de sus poemas más conocidos, «Amor constante más allá de la muerte», Quevedo hacía referencia en el siglo XVII a la muerte a través de la metáfora «ley severa», como si no existiera nada tan grave y firme como el acto de morir, excepto el amor, que es lo único que podría atravesarlo. Sin embargo, puede que exista una ley o un castigo aún más severo: el olvido. Cuando olvidamos, nada hay tan definitivo. Es lo que ha ocurrido en Canarias con una de las voces más singulares: la de Dulce Díaz Marrero. Nacida en Santa Cruz de Tenerife en 1953, falleció de forma prematura en 1978, a la edad de veinticinco años, en el sur de la isla, en un accidente de tráfico.

Desde pequeña se sintió atraída hacia la literatura, especialmente, hacia la poesía, por lo que pronto se convirtió en una lectora voraz. En la década de 1970 comenzó a asistir a distintos clubes juveniles urbanos, como el desaparecido Club Joven 70, en los que se reunía con otros jóvenes y amantes de la cultura que, con el tiempo, desarrollarían distintas trayectorias vinculadas a las artes, como por ejemplo, los escritores Roberto Cabrera -que tanto ha luchado por visibilizarla-, Olga Rivero o el celebrado y aplaudido Félix Francisco Casanova, compañero de generación que, como ocurre en todo eclipse, dejaría en sombra -sin pretenderlo- el talento y la obra poética de la joven escritora al acaparar toda la atención de las instituciones, las editoriales y los medios de comunicación.

No obstante, cabe destacar que Dulce Díaz Marrero también apuntaló una corta pero potente carrera en el ámbito de la poesía: en 1975, se alzó con el 2.º Premio «Matías Real» de Poesía, convocado por el periódico *La Tarde*. Además, poemas suyos fueron publicados en las revistas *Nuevos caminos*, *Menstrua Alba* y *Aquel viejo Noray*; y su primera lectura

# Dulce Díaz Marrero: ¿sepultada por la ley del olvido?

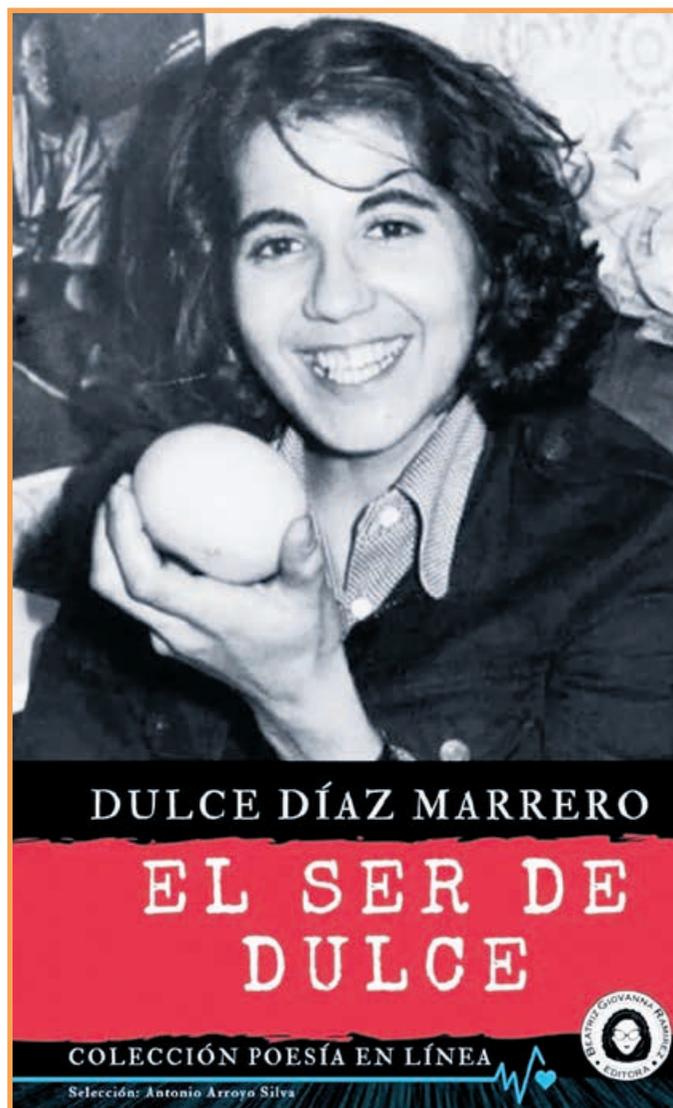
Su único poemario publicado apareció de forma póstuma en 1987 bajo el título de 'Fin de la ley'

pública de textos propios tuvo lugar en el I Congreso de Poesía Canaria (1976).

En relación con el contexto en el que vivió la autora, tal como afirma Iván Cabrera Cartaya en el artículo «Dulce Díaz Marrero, perdida y encontrada», publicado en 2019 en el libro *Veinte escritoras canarias del siglo XX* por Ediciones La Palma, «a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, el cine era francés; y la música popular que escuchan los jóvenes, norteamericana. Flotaba en el ambiente una incomodidad, un malestar que los empuja a comprometerse socialmente [...] y a violar las normas [...], mediante aquel lema vital que proclamaba "sexo, drogas y rock and roll"». De esta forma, para comprender su obra, es necesario situarnos al final de la dictadura franquista, en el ocio nocturno de aquella época donde la influencia cultural de los Estados Unidos, especialmente en la música, impregnaba con sus ansias de libertad los textos de los jóvenes poetas. El rock, el Mayo del 68, la *Beat Generation*, las manifestaciones a favor de causas sociales como la del pueblo saharauí, la apertura hacia otras culturas y la influencia del turismo, así como el deseo de romper las reglas, serán algunos de los acicates de la poesía de Dulce Díaz Marrero.

Su único poemario publicado apareció de forma póstuma en 1987, editada por Ricardo García, en la Editorial Sosa Campos, con el

DULCE DÍAZ MARRERO TAMBIÉN APUNTALÓ UNA CORTA PERO POTENTE CARRERA EN EL ÁMBITO DE LA POESÍA: EN 1975, SE ALZÓ CON EL 2.º PREMIO «MATÍAS REAL» DE POESÍA, CONVOCADO POR EL PERIÓDICO 'LA TARDE'. ADEMÁS, POEMAS SUYOS FUERON PUBLICADOS EN LAS REVISTAS NUEVOS CAMINOS, MENSTRUUA ALBA Y AQUEL VIEJO NORAY; Y SU PRIMERA LECTURA PÚBLICA DE TEXTOS PROPIOS TUVO LUGAR EN EL I CONGRESO DE POESÍA CANARIA (1976).



evocador y rebelde título *Fin de la ley*, y en él se incluye también un relato breve. Se trata de un volumen en el que la autora despliega el fuerte deseo de libertad que se respira en los poemas de toda su generación; se observa en sus versos el afán de ruptura, de disfrutar de diferentes experiencias, tanto estéticas o artísticas como también vita-

les. Por ejemplo, la influencia del movimiento hippy, la vida comunal y alejada de tabúes, la experimentación con las drogas, los ambientes urbanos y la importancia de la música rock:

«País nuevo»  
Héroe de las Montañas Rocosas,  
¿dónde habitarás ahora,

con tu capa de estambre  
y tus costumbres de lechuga?

Escúchame:

Mientras mires el mapa girador  
detenlo en el punto de un lago

que no tenga vuelta.

Encontrarás el cubo de basura,

restos de la miel,

y perderás el lamento

entre colonos hippies

que hacen dulce el agua

con algas de marihuana.

No dejes que la luna

cambie otra vez su tamaño

y ven pronto a mi país.

En cuanto a las características formales de su escritura, Roberto Cabrera afirma lo siguiente en el prólogo a la poesía de Dulce Díaz Marrero de la edición de 2003, elaborada por la editorial Baile del Sol: «sus apoyaturas [se encuentran] en el surrealismo, sin abuso, con un verso libre bien resuelto [...], con sus imprevistos, sus sentencias y versículos». Por su parte, Iván Cabrera Cartaya destaca en el artículo mencionado más arriba su extraordinario talento para adjetivar, combinando sustantivos con adjetivos no esperados, lo cual dota a sus poemas de una expresividad singular. Además, añade que la autora «fue una poeta con el don para la *fanopeia*, crear imágenes incubadoras de muchos sentidos, sin referentes reales, creaciones autónomas y absolutas de lenguaje». Así mismo, este autor observa que en su poesía están muy presentes tópicos como la despedida, la muerte, el deseo o su ateísmo; y que la escritora emplea con asiduidad algunos recursos retóricos, como son la personificación, la comparación, la metáfora, el uso del símbolo y, como ocurre en este poema, la ironía:

«Vivimos en unas islas»

A la derecha de España,  
en un recuadro.

Tenemos un cielo artificial  
preñado de estrellas  
hoteleras.

¿Y qué importa la miseria  
si nuestros árboles fructi-  
fican  
cigarrillos de importa-  
ción,  
magnetófonos, cassettes?  
Compañeros, sonriamos.  
¡Qué bien el subdesarro-  
llo sonriendo!

Olvidémonos de luchas,  
de libertades,  
del odio de cuatro siglos  
reconcentrado y caliente.  
¿Para qué?  
Tenemos sol todo el año  
y un plátano cada día, por  
lo menos.

Tras su fallecimiento, autores como Eliseo Izquierdo, Fernando García Ramos o José H. Chela dedicaron varios artículos periodísticos e incluso poemas que rendían homenaje a la autora. Además, Félix Casanova de Ayala la incluyó en la antología *Los mejores poemas de ayer y de hoy* (1989), así como Jorge Rodríguez Padrón en su *Primer ensayo para un diccionario de la literatura de Canarias* (1992) y Blanca Hernández Quintana en el *Diccionario de escritoras canarias del siglo XX* (2008). No obstante, más allá de referencias escuetas, notas biográficas breves o la inclusión de uno o dos de sus poemas en antologías, es una autora que no ha gozado de suficiente atención por parte de la crítica literaria, las instituciones y los medios de comunicación.

En los últimos tiempos, únicamente podemos agradecer el esfuerzo de BGR Editora y Antonio Arroyo Silva, que en 2022 volvieron a recoger sus textos en una edición digital, con el título *El ser de Dulce*. Además, puedo anunciar que próximamente aparecerá en la página web del proyecto Constelación de Escritoras Canarias, de la Consejería de Educación. Sin embargo, ninguna editorial o institución pública ha reeditado sus poemas en papel, lo que supone aceptar el riesgo de que los textos de esta autora sean sepultados por la ley irrevocable del olvido, la más severa de todas ■

# El barroco se acerca a su fin

## La música es uno de los temas centrales de la novela

CRISTICRUZ

*El amor el mar*  
Pascal Quignard  
Traducción del francés  
de Ignacio Vidal-Folch  
Galaxia Gutenberg, 2023

*El amor el mar* (*L'Amour la mer*) un título formado por dos sustantivos sin nexos alguno, llama la atención antes de la lectura. Tras leer la sinopsis, imposible resistirse a ella.

La novela consta de 15 partes de entre 4 y 12 capítulos cada una, estructura recargada que apunta a dos de las características más relevantes del Barroco: el exceso de ornamento y la complejidad.

Estamos en el siglo XVII y el Barroco se acerca a su fin. En Europa, las guerras de religión, como la de los 30 años (1618-1648), marcan el acontecer desde hace décadas. El reino de Francia se halla inmerso en epidemias, protestas del pueblo y revueltas contra el poder la monarquía.

En medio de escenarios dantescos, la música se presenta como un refugio sublime para escapar de la realidad, y la pintura ilumina el mundo oscuro que lo rodea todo.

La música es uno de los temas centrales de la novela. La relación entre música, sexo y oído, la presencia constante de instrumentos de la época como la tiorba o el laúd y los músicos que prefieren que sus obras permanezcan en el anonimato, entre otros aspectos, parten de la fascinación del autor por los músicos del siglo XVII.

Encontramos personajes reales como Johan Jakob Froberger, discípulo de Frescobaldi, organista, clavecinista y compositor alemán a quien Bach mencionó como su maestro; Monsieur de Saint-Colombe, que no quiso que se publicara su música; John

Blow, maestro de Purcell, o la princesa Sibylle de Wurtemberg, en cuyo castillo pasó Froberger sus últimos años de vida.

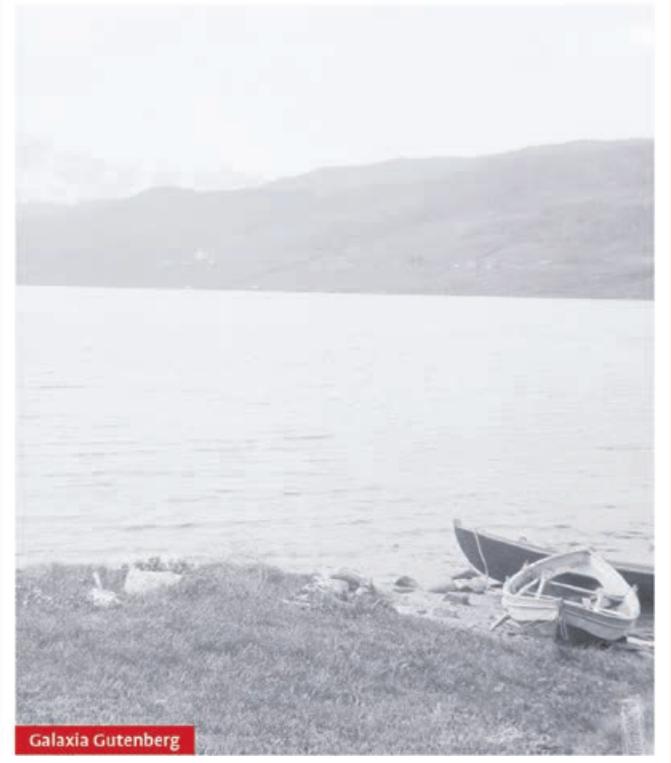
Dos son los personajes de ficción en torno a los que se vertebra la novela: Lambert Hatten, compositor y virtuoso del laúd y la tiorba, y Thullyn, maestra de la viola, que embellece las páginas con su presencia y con su amor por el mar. Dos músicos desbordados por sus emociones que «prefirieron amarse que entenderse» (p.107).

La pintura tiene también un papel destacado. Obras de Georges La Tour, Jean Baptiste Bonne Croix, Vermeer, Nicolas Poussin y Tournier acompañan la narración, en ocasiones con mención al título del cuadro y en otras, con una descripción que nos induce a buscar de qué pintura nos habla el escritor. Los cuadros del puerto de Delft pintados por Vermeer, *Vista de la bahía de Amberes desde el Vlaams Hoofd* de Bonne Croix o *Et in Arcadia Ego* de Poussin, son algunos de los que se nos proporciona título y autor. Otros, como «los cuadros de Holanda» (p.21), se describen sin más aclaración de autoría o título; sin embargo, una lectura atenta y el gusto por la pintura de Vermeer nos llevan directamente a *Muchacha leyendo una carta*, del pintor holandés.

Luego está el mar presentado a través de la pintura o de la relación apasionada que la maestra Thullyn mantiene con este porque, en palabras de Quignard, «ella era el mar» (p.32), «...era una mujer hechizada por el mar. Dos veces se había abandonado a su amor» (p. 156). Y esto es solo un pequeño ejemplo de las hermosas páginas que se dedican a este peculiar vínculo.

### Pascal Quignard *El amor el mar*

Traducción del francés de Ignacio Vidal-Folch



Galaxia Gutenberg

PASCAL QUIGNARD (1948) ESTUDIÓ EN EL LICEO DE SÈVRES Y SE LICENCIÓ EN FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD DE NANTERRE. TRAS EL MAYO DEL 68 SE CENTRÓ EN LA MÚSICA. COLABORÓ CON LA REVIS-

TA L'ÉPHÉMÈRE Y COMENZÓ A TRABAJAR PARA EDICIONES GALLIMARD, DONDE LLEGARÍA A SER SECRETARIO GENERAL. FUE PROFESOR DE FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD DE VINCENNES.

Música, mar... y amor. Romanticismo y erotismo. Con un manejo sugerente y bien dosificado del lenguaje, asistimos al amor intenso, tempestuoso y triste entre Hatten y Thullyn, a la relación casi amorosa y física entre la princesa Sybilla y su yegua, Josefa, o a las relaciones homosexuales de varios de los protagonistas.

La novela presenta un estilo fragmentario; abundan las detalladas descripciones de cuadros, escenas cotidianas, el mar, de composiciones musicales o partidas de cartas. La intensidad de las emociones marca el ritmo narrativo. Lo elegante y lo extravagante, el exceso de ornamentación, las pasiones internas, las luces y las sombras dominan una novela intensa que huye del *horror vacui* acuñado por la

filosofía y adoptado por la historia del arte.

En una de las pocas entrevistas concedidas a los medios, Quignard se vanagloria de ser el único escritor francés que no ha firmado jamás un manifiesto. Asegura no creer en lo colectivo y sentirse a gusto entre solitarios. Defiende el lenguaje alejado del discurso político y alimentado por la angustia y la emoción. Vive rodeado de libros, un piano y sus animales. Como algunos de los músicos que retrata en la novela, ha renunciado a los focos. Durante esa renuncia, escribe y toca el piano. De esa renuncia surge esta novela hermosa que avivó en mí la vieja afición por la música barroca y la contemplación embelesada de la pintura de dicho periodo. El siglo XVII, el siglo de los excesos ■